



## Con el paso cambiado

EUGENIO DE ANDRÉS, socio director de tatum y miembro del Top Ten HRS, y JOSÉ MARÍA DÍEZ, gerente de tatum

Carmen y Antonio se conocieron de niños, en el gran parque. Juntos recorrieron sus senderos, descubrieron sus secretos y remaron en su gran estanque. Entre juegos y risas se juraron amor eterno.

La niñez dio paso a la adolescencia y el colegio a la Universidad, ella se matriculó en Medicina, él en Filología Hispánica. Amigos diferentes, enfoques diferentes. Pero ellos siguieron juntos, disfrutaban juntos, les gustaba el cine, hablar de literatura y de poesía, pasear juntos...

Al salir de la Universidad, Carmen encontró trabajo con facilidad en un hospital de la capital, mientras que Antonio no. Su carrera era poco valorada por las empresas. Por más procesos de selección en los que participaba, por más entrevistas que hacía, el resultado era siempre el mismo: "Muchas gracias, pero no es el perfil que buscamos". Sus paseos por el parque con Carmen era lo único que le devolvía la alegría. Hablaban y reían durante horas. Su movimiento era como una coreografía, los dos se fundían en uno, abrazados, andando al mismo ritmo, sin esfuerzo, sin pensarlo, todo era como una danza completamente natural.

En una de sus caminatas de junio, en una tarde soleada y agradable, en un pequeño recodo, tras subir una pronunciada y solitaria cuesta, Antonio se puso de rodillas y le pidió que se

casara con él. Ella se abrazó fuertemente a él, riendo, con los ojos llenos de lágrimas, y con todo el aire de sus pulmones gritó: "¡Sí, sí, síiiiiiii!"

Tras una boda sencilla e íntima, en una tradicional iglesia, llegó una nueva rutina en un pequeño piso cercano a la estación de tren. Un tiempo de confidencias, de ilusión, de compartir lo poco que tenía, pero con mucha ternura, con mucho amor.

Ella empezó pronto a ganar un buen sueldo, mientras que las clases particulares que daba Antonio, ya que era lo único que conseguía, apenas le daban para pagar el alquiler. El trabajo de Carmen cada vez la exigía más tiempo, guardias, turnos dobles, urgencias... Mientras, Antonio tenía mucho tiempo libre, pues las clases solo le ocupan parte de la tarde, cuando los chavales salían del colegio. Tanto tiempo ocioso pronto se convirtió en una tortura para él, sus libros no eran suficientes ya que se sentía mal por lo poco que aportaba a la economía familiar y, además, se desesperaba esperando a que Carmen volviera del hospital, momento que no ocurría todos los días ni tampoco muchas noches.

Carmen se volcaba en él cada vez que coincidían. Le animaba, olvidando su cansancio, y trataba de seguir haciendo las cosas que les gustaba hacer juntos, incluidos sus paseos por el parque, cuando era posible. Esto le

compensaba todo lo demás y Antonio decidió buscar soluciones opositando para un puesto de profesor de primaria que, aunque no le gustaba, al menos supondría una ocupación y más ingresos.

Los años fueron pasando. La carrera profesional de Carmen seguía siendo tan envidiable como intensiva en dedicación. Era jefa del servicio de microbiología en un nuevo hospital privado, escribía en varias revistas científicas y la invitaban con frecuencia a dar conferencias fuera de España.

Por su parte, Antonio era profesor de Lengua y Literatura en un instituto de un pueblecito a las afueras de la capital. Tardaba una hora en coche, desde su estupenda casa en una nueva de las nuevas urbanizaciones al norte de la ciudad, pero su horario le permitía dedicar la tarde a un grupo de teatro alternativo.

Ella se volcaba en los nuevos avances con células madre, él llenaba su tiempo con debates filosóficos. El mundo de Carmen era la ciencia, el de Antonio las letras. Grandes retos profesionales y pequeños poemas cotidianos, comités científicos y reuniones de padres. Se seguían queriendo mucho pero cada vez compartían menos cosas, menos cines, menos viajes, menos aficiones... Menos tiempo. No era esta la vida que habían imaginado cuando decidieron compartir sus vidas.

Pocos eran los paseos que lograban dar juntos y además su sabor había cambiado. Como sus mundos les eran ajenos, cada vez les costaba más encontrar temas de conversación y el silencio les acompañaba casi siempre,

**Debemos entender que el compromiso no es algo estático sino que está vivo, en constante movimiento, porque las partes que lo conforman están en permanente evolución**

eso cuando aquellos mundos no entraban en colisión y discutían todo el camino hasta llegar de nuevo a casa. Ya no conseguían ir abrazados, sus pasos parecían haber perdido su ritmo, provocando una incómoda sensación de desazón. Ahora tenían que conformarse con ir de la mano.

Una nublada mañana de octubre, caminaban en silencio por los senderos alfombrados de hojas del gran parque, y llegaron por casualidad a aquella pronunciada cuesta que tantos recuerdos les traía. Antonio pensó que el momento había llegado, no era feliz, habían perdido el paso, es como si sus vidas fueran a distintas velocidades. Comenzaron a subir. ¿Qué tenían en común? ¿Qué les quedaba después de tanto tiempo? Aquella cuesta parecía más empinada que nunca. Le faltaba la respiración. Debería decírselo, no podía seguir así.

Al fin llegaron arriba, al recodo donde le pidió a Carmen que compartieran sus vidas. Sin duda era una señal. Sus vidas cambiaron en aquel sitio y sería en el donde lo volvieran a hacer. Tirando suavemente de la mano de Carmen, la hizo parar. La miró a los ojos, respirando agitadamente, con un nudo en el estómago. Ella, con solo ver su mirada, le comprendió.

A Antonio no le salían las palabras, no le gustaba la vida que llevaban pero el cambio le atemorizaba... Balbuceando, con los ojos llenos de lágrimas, consiguió decir: "Carmen... tengamos un hijo".

### LA LECCIÓN DE CARMEN Y ANTONIO

Como hemos comentado en alguna ocasión, el compromiso no es algo estático sino que está vivo, en constante movimiento, porque las partes que lo conforman están en permanente evolución.

En nuestra cultura, tanto profesional como personalmente, hemos asociado el compromiso y el "hasta que la muerte nos separe". Pero la realidad nos enseña permanentemente que



© Sébastien Closs.

no siempre es así. En gran medida porque ambas partes no evolucionan siempre al mismo ritmo y lo que hoy nos satisface a los dos puede que mañana solo resulte interesante a uno, o a ninguno. Llevándolo al terreno personal, a través de la historia de Carmen y Antonio, es fácil comprenderlo. Pero esto mismo ocurre entre empresas y profesionales.

La tarea, el equipo, el desarrollo que hoy tenemos puede que no sea el que necesite o quiera dentro de un tiempo. Por eso es muy importante conseguir una buena comunicación con las personas de la organización, y no solo mediante estudios de clima o encuestas sino a través de los responsables de los equipos. Tenemos que conocer las expectativas de nuestros profesionales y ser capaces de hacer evolucionar el proyecto, al

menos, el de aquellas personas que forman nuestro colectivo de alto potencial para conseguir mantener su compromiso.

Por otro lado las nuevas generaciones tienen un concepto diferente del compromiso, no entienden aquello de "un trabajo para toda la vida". Tenemos que ser capaces de aprender de los equipos deportivos y ofrecerles proyectos con inicio y fin (Por ejemplo: dos temporadas, conseguir la Champions, etc.), proyectos que les enganchen, y ser capaces de aceptar que sus compromisos van a tener una fecha de caducidad. Y cuando llegue ese momento, tenemos que encontrar el valor que no tuvo Antonio, y ser capaces de aceptarlo y de tomar la mejor decisión para ambas partes sin aferrarnos a planteamientos abocados al fracaso. ▲